

Versos desde un cautiverio poético

Juan Pablo Riveros se dejó raptar. Así de simple. **"Un poco más allá de los Cantiles del Sur, de los que fluían insignificantes riachuelos, fui detenido silenciosamente -escribe en su libro 'De la tierra sin fuegos'- Mis captadores, de fisonomías extremadamente imprecisas y cuyas voces no recuerdo en nada, me condujeron como a tientas. Me esforcé en descifrar el paisaje con mis vaguísimos recuerdos, y muy apegado a ellos avanzaba sonámbulo como si no existieran..."**

Se dejó raptar porque quiso descender el velo del tiempo. Sumergirse en la historia. No de cualquier historia, sino en la de sus raptadores, de gente que -él bien lo sabía- vivió, amó y sufrió en esas gloriosas tierras que lo vieron nacer también a él y donde él, como ellos antes, vivió, amó y sufrió su pequeña gran cuota.

Quiso seguir los pasos que habían conducido hasta ese punto a Martín Gusinde y Benjamin Subercaseaux y reconstruir con la música de Jean Sibelius, compañeros de ruta en ese viaje poético, un pasado luminoso y trágico a la vez. Pasado que fue despertando intenso y doloroso como un recuerdo ancestral que crecía al ritmo de lecturas, emociones y voluntades en tanto descifraba los diarios del padre Gusinde y estudiaba una por una cada línea del **"Jemmy Button"** de Subercaseaux, sensibilizado por Sibelius y su concierto de violín o el Poema Finlandia, o de esas sinfonías que tan bien hablan de brumas y lejanías, aguas quietas y corrientosas, música llamada a recrear la atmósfera de sus visiones. O sensibilizado sencillamente porque -como nos dice en su largo poema- **"sabía de sus presencias (de sus 'raptadores') por una opresión indefinida y por rastros que, en su tiempo, nada significaron..."**

QUERIA POETIZAR EL PAISAJE

Pero un día fueron cobrando significado las imágenes hasta entonces ignoradas. De la infancia en Punta Arenas, donde Juan Pablo nació y fue niño diez años. De su padre que era marino y acostumbró a la familia a una vida nómada, a los traslados de Punta Arenas a Valparaíso y de ahí a Isla Pikton para volver luego a Talcahuano y retornar nuevamente a Punta Arenas o a Caleta Banner (Pikton), **"donde viví cuando tenía un año y me amamantaba del paisaje y la naturaleza austral, de esa naturaleza soberbia, desafiante y terrible"**. Allí lo alimentaban el aire marino, el canto de la gaviota y las olas que reventaban a diez metros de la casa... Se dejó raptar porque necesitaba aclarar muchas cosas. Porque llegó un momento en que la conciencia estalló y se le vinieron encima de pronto los fantasmas y las obsesiones. Porque sentía la necesidad imperiosa de poetizar ese paisaje que llevaba grabado y recordaba grandioso y agreste, paisaje poblado hasta no hacer mucho por seres y razas, pueblos y gente que... **"¿Dónde están, onas? ¿Dónde yagán manso, leve alacalufe?..."**

Sintió, entonces, sus ausencias, el vacío, ese gran silencio que precede a la conciencia trágica de la existencia. Y recordó lo que alguna vez recomendaba Murena, que había que tener siempre presente la idea de que la creación entera puede terminar en el próximo instante. Fue en ese momento cuando decidió dejarse raptar y quedar en el paréntesis desde donde podía recuperar esa mirada apocalíptica reservada a los elegidos.

HABLAR DE LOS MARES

Advierte desde su cautiverio poético (que duró cinco años) que las zonas recorridas por Gusinde corresponden a los lugares donde había transcurrido su infancia. De ahí que reconociera los paisajes que el sacerdote describía en sus diarios de viaje. Por eso lo conmovió el silencio. Por eso decide empaparse de Gusinde, sentir como él, ver y escuchar lo que él vio y escuchó, caer en una actitud de médium. (Y quién sabe si el propio Gusinde lideró a sus captadores...) Coincidencias y sueños alientan el sopor creativo de Juan Pablo Riveros. Su conciencia crítica acelera el vértigo reflexivo. Venía saliendo del letargo post **"Nimia"** (1982), su primer libro, cuando sintió, de pronto, la necesidad de poetizar el paisaje del sur austral. Ese fue el comienzo del poemario. **"Quería hablar de los mares, de las montañas, de los témpanos, de la fauna, de la flora. Nada más. Ese fue el proyecto primitivo"**. Pero, después de leer **"Jemmy Button"** cambió de



Juan Pablo Riveros y su contacto poético con yámanas y onas, alacalufes y otras tribus australes eliminadas por el hombre blanco.

parecer. Sintió que algo había en su vida, que lo acercaba a los yámanas. Y se sintió yámana también, y ona y alacalufe, y como se llamaran los tantos grupos indígenas exterminados en lo que Luis Muñoz plantea, en su comentario, como **"crimen de lesa humanidad"**.

El canto al mar y al paisaje terminó en canto épico: **"Yo que me creía parte de un continente, sentí una trizadura fundamental y me convertí en isla. Adquirí conciencia de lo trágico grandioso de que el ser humano no tiene hogar en esta existencia. Porque toda la ostentación material de la cultura occidental, la ostentación de tener y poseer, es una ilusión vana. Comprendí que, como dijo alguien de manera muy sabia, esos indios ya habían llegado hasta donde a nosotros nos falta mucho por llegar"**. Porque los yámanas, por ejemplo, vivían sin organización social y **"pastoreaban los peces del Yagashaga/ con el fuego tiritando en el centro de sus canoas/ de corteza del Nothofagus Antártica,/ frágiles/ como la alegría..."**. Eran un **"pueblo manso y generoso"** que odiaba la avaricia y se contentaba con unos pocos bienes personales para la pareja, como ser la canoa, la choza, los alimentos y los juguetes para los niños.

UNA MANERA DE SOLIDARIZAR

Juan Pablo vive el pasado dialécticamente. Resuelve las contradicciones entre el pasado y el presente, señala similitudes, busca la paz consigo mismo. Después de **"Nimia"** asume la existencia como isla, desde el paisaje y desde los indios. Esos mismos que mataban los colonos por una libra esterlina. Y a la luz del testimonio de testigos y cronistas como de los informes oficiales, fue reconstruyendo la realidad triste que empañaba la belleza del idílico paisaje austral. Como una manera de solidarizar con las sectas maltratadas o para redimir, tal vez, a la humanidad capaz de tanta bestialidad de la que hizo gala, y de la que todavía hace gala, tantas veces en la historia de éste como de otros continentes, antes y ahora. La historia se repite, el poeta no lo olvida. Por eso advierte y denuncia, porque no hay crimen que se justifique, sostiene.

El canto lo construye con voluntad poética: durante cinco años, diariamente de 5 a 9 de la mañana, cumplió con el compromiso pactado tácitamente con sus captadores. A través del verso trasciende a lo puntual cotidiano a lo universal. Condena todos los crímenes como condena la avaricia, la codicia y la usura.

"ES UN LIBRO RELIGIOSO"

Su palabra se nutre de emoción y sentimiento, más sugeridos que planteados, expresados en imágenes de belleza plástica y fuerza interior que alertan al lector frente a una existencia que se acaba por la inconciencia del hombre, por la irracionalidad del **"Kolliot"** (el hombre blanco o cristiano civilizado, para los indígenas) en sus ambiciones de poder y afanes posesivos. A diferencia de sus captadores -él lo sabía-, esa gente que al cabo de una existencia milenaria, vivía su futuro, **"esta es la razón más profunda que he logrado hallar de por qué ha desaparecido ya"**, apunta en su obra, revelándose su concepto de la existencia trágica entroncada en la concepción mistraliana de la que siente partícipe, tanto en su visión de la poesía como del mundo, **"porque tenemos raíces doctrinarias similares"**, confiesa. ¿Fatalista? **"Creo que en definitiva no podríamos quedarnos con ese sabor. Porque, como ha dicho Albert Camus, es un pésimo negocio hacer creer que el mal es lo que abunda en el mundo, en circunstancias que hay innumerables seres anónimos que son dichosos, que son felices y que aman. Lo dice en 'La Peste'. Además, mi libro es un libro religioso. Lo trascendente está en cada verso. Llámese Dios o Jehová, llámese Temaukel, el dios ona, o Watauinewa Sef, el de los yámanas, todos tenían una visión trascendente. Pero no es un libro católico, sino religioso en el más amplio sentido de la palabra"**.

El autor apela a silencios y a renunciaciones... **"Sí, pero a un silencio poético..."** Sin embargo, en el libro se habla de un silencio existencial.

"Claro, pero lo existencial puede ser poético y no serlo. El silencio poético es aquel que está preñado de cosas, aunque no se diga absolutamente nada. Ese silencio que lo expresa todo, sin mediar palabra alguna. Ese es el silencio poético. La poesía es eso, un enigma potente. Y este es un libro poético, así espero que sea valorado. No me interesa la evaluación que se pueda hacer en términos meramente antropológicos o meramente políticos. Me interesa que sea juzgado como libro de poesía, que es buena poesía o es mala poesía".

CANTO Y CLAMOR

Juan Pablo Riveros se dejó raptar. Se hizo yámana, selk' nam, ona, alacalufe... **"Me hice uno de ellos, fui un miembro más de su tribu. Estaba inmerso en el trauma de lo natural, como diría Gonzalo Rojas, del impacto inmenso de la naturaleza magallánica que es de un poderío terrible. Y cuando uno se da cuenta que esa naturaleza terrible fue dominada por pueblos dichosos que hubo ahí, que lograron torcerle la mano a los elementos naturales, uno concluye que tienen que haber sido pueblos muy grandes. Cuán trágico me resulta, entonces, el imperio de la violencia que los exterminó"**.

Surgen en su canto, la sangre y el fuego. Invaden el paisaje idílico. Su canto es clamor. El mea culpa del poeta que se siente parte del género humano. Se suman fantasmas recientes, el historial de Dawson, pasado y presente en un mismo respiro, la bestialidad del hombre siempre pero también la aspiración trascendente para la organización del mundo, el sueño de un ideal de vida al estilo de los onas **"que nunca se sintieron dueños de nada"**. Están las palabras prestadas, debidamente señalizadas de tantos y variados autores, la renuncia a la originalidad, el discreto diseño de la portada de Rodrigo Cosiña, la visión de Oscar Lermenda en la diagramación, el sello de libros del Maitén, en esta gran glosa de evocación y homenaje surgida en el cautiverio poético de Juan Pablo Riveros.

Anamaria Maack.

